

no puede ser, porque entonces me habriais mandado salir de vuestra presencia.

Isabel estaba en una posición crítica: amaba á Ricardo, como antes hemos dicho, y por otra parte había prometido á Angelina no corresponderle. No tenía tampoco el "mundo" de otras mujeres que habrían salido airoso del lance. No hallaba qué contestar á Ricardo, el cual, interpretando favorablemente su perplejidad y creyendo que su dicha había llegado, se volvió á hincar á los pies de Isabel, le tomó una mano, que besó muchas veces, y llorando de alegría y entusiasmo, le decía:

—Isabel, me amais, ¿es verdad? No me había engañado, yo soy feliz, Isabel mía, decidme'lo, quiero oírlo de vuestros labios.

—Mas... ¿no sabeis, contestó ella, que nuestro amor haría infeliz á otra persona?

—¿A quién?

—A una mujer que es digna de vuestro... amor.

—Pero... ¿vos me amais?

—¿Me prometeis discreción?

—Cuanta queráis.

—Pues bien, oídme....

—Pero antes decidme que me amais.

—Tened paciencia.

—No, no, decidme que me amais, y venga la muerte.

—Pues sí, os amo; pero... oídme.

En este momento un bulto se deslizó

cerca de la puerta del senador, Isabel salió precipitada, y Ricardo desapareció por

El personaje incógnito era Angelina. el lado opuesto.

Casi tras de Ricardo había entrado Angelina al jardín en busca de su amiga; pero viendo que entró al senador, se paró junto á él y oyó toda la declaración que le hizo á Isabel; y temiendo que ésta acabara de descubrir el secreto de Angelina, pasó rápidamente por la puerta del senador.

.....  
.....  
Escusado es decir lo que sentiría Angelina al ver que Isabel, faltando á su promesa, correspondió á Ricardo.

Angelina sentía ya la furia de los celos.

## V

### DESGRACIA

A los cinco meses de este suceso, la madre de Angelina cayó en cama de una fiebre. Inútiles fueron los esfuerzos de su hija por salvarla; se agotaron los recursos de la medicina, y la madre entró en agonía. Angelina se miraba sola en el mundo, pues su padre había muerto tres años antes. No tenía más que una tía, y ésta era todo su amparo. Isabel, la amiga de su infancia y de su juventud, la había burlado en su opi-

nión; se encontraba huérfana, sin recursos, perdida tal vez en el concepto de Ricardo, porque quizá Isabel le habría descubierto su secreto, y por lo mismo iba á ser el objeto de la burla de los demás hombres.... y por último, veía á su querida madre al borde del sepulcro. Tantas consideraciones, tantos golpes para una alma tan ardiente y melancólica como la de Angelina, era preciso que debilitaran su vigor y la redujeran á un abatimiento extremo. La madre de Angelina recobró algún tanto el uso de los sentidos, y con tiernas instancias pidió ver á su hija.

Era el momento solemne en que una madre moribunda iba á despedirse de su hija querida para siempre, por toda una eternidad, á darle la última bendición.... y dejarla luego en el mundo, sin padres, sin amigos, sin recursos de ninguna clase, sólo encomendada á la protección del Altísimo. Pero la dejaba en la miseria.... y era hermosa.... y la miseria las más veces es un escollo para la virtud.... y la hermosura un aliciente para la seducción. Y una niña deshonrada es una flor marchita que todos pisan y desprecian.

Estas tristes reflexiones hirieron la imaginación de la madre moribunda, de tal modo, que cuando la desgraciada Angelina se arrodilló ante el lecho de la enferma, ésta no pudo contener un torrente de lágrimas,

mas, y con voz desfallecida y lánguida pronunció estas palabras: Yo te... bendigo... sé virtuosa.... adiós....

Después de algunos momentos de agonía expiró en los brazos de su hija.

Angelina no arrojaba una lágrima ni exhalaba una queja: su dolor era mudo, concentrado en el corazón. Parecía que se habían embotado los órganos de aquella sensibilidad rara y exquisita.

## VI

## LA CARTA

Una mañana recibió Isabel la siguiente carta:

"Idolatrada amiga: Sería imposible pintarte mi reconocimiento á tus grandes favores. Desde la muerte de mi querida madre nada me ha faltado; asistencia, vestidos de luto, dinero, todo lo he tenido de tus manos en abundancia. Jamás podré recomendararte dignamente los oficios de hermana que has hecho conmigo; últimamente ayer te has interesado en que me vaya á tu lado, y viva siempre en tu compañía, para hoy quedó pendiente mi resolución, y vas á saberla. Pocos días me restan de vida en el mundo, según entiendo; mi salud está totalmente quebrantada, y más que todo... mi alma está poseída de una tristeza

horrible, que pronto me conducirá al sepulcro. Mis ojos se han secado de llorar; la cabeza me duele incesantemente; he perdido el apetito, el sueño, y aquella dulce tranquilidad que me acompañaba en días más felices; he determinado, por esto, concluir mi vida en un convento, para lo que voy á ver á una persona rica y caritativa que me asegure la subsistencia. Así es que en tu casa yo no podría dar estos pasos tan necesarios sin incurrir en la nota de ingrata abandonándote. Por otra parte: ¿recuerdas la noche del baile que se dió en tu casa? Entonces....hablándote de....un amor funesto para mí, te dije: "sé feliz, Isabel mía, al lado de Ricardo, si es digno de tu amor, y jamás yo perturbaría tu dicha. Esta fué mi promesa, y yo sé cumplir una promesa." Resulta de todo, que yo, Isabel mía no puedo admitir tu generosa oferta. Pero hazme la justicia, amiga cariñosa, de creer que sería muy feliz yo en vivir á tu lado, y que me encuentro incapaz de pintarte mi gratitud: sólo puedo decirte que será eterna. Tan luego como consiga entrar al convento, te daré parte, y desde ese silencioso recinto me acordaré de tí, y le pediré al Señor derrame sobre tí sus bondades y sus bendiciones. Adiós, amiga de mi corazón, quiera el cielo darme lo que deseo: es mejor morir que vivir despedazada por recuerdos de dichas pasadas, que

nunca volverán. No me culpes de ingratitude, tal nota no merezco. Adiós, Isabel: que seas siempre feliz te desea tu desdichada cuanto reconocida amiga.—Angelina."

## VII

## POBREZA.

Conduciremos al lector á una casa de vecindad en la calle de la Amargura. Después de andar un patio largo y desaseado, se llegaba á un cuarto pequeño y oscuro. Sus paredes, estropeadas por el tiempo, el olor de la humedad, y la escasa luz que reinaba, todo le daba un aspecto tan triste y sombrío que no se podía entrar sin sentir oprimido el corazón. Una grande miseria revelaban los muebles de aquella reducida habitación. Véase en un rincón una cama pintada de verde, y encima un cobertor de lana; en otro rincón un baúl, una mesa con un tintero y algunos papeles en desorden; junto á la puerta estaba el "brasero," pero sin lumbre; sólo una olla se miraba en él: cuatro sillas ordinarias completaban el humilde menaje de aquel cuarto. Sobre el quicio de la puerta, que daba al patio, estaban sentadas dos mujeres, ambas cosiendo ropa blanca. La una era una mujer ya grande, como lo atestiguaban sus cabellos blancos, las arrugas de su cutis, y unos

grandes anteojos cabalgando en su larga nariz. La otra era una joven, que parecía hermosa, aunque su semblante estaba bastante pálido y estenuado. De cuando en cuando limpiaba con el revés de su blanca mano una lágrima que asomaba á sus ojos. Las dos estaban en silencio. Al cabo de algunos minutos, la mujer de edad avanzada levantó la cara, se quitó sus anteojos, y dirigió la vista hacia el brasero apagado. La joven lo observó, y exhalando un suspiro, dijo con voz desfallecida:

—No tengais cuidado, tía mía; nada más me falta un puño para acabar esta camisa; la iremos á entregar, y Dios querrá que nos la paguen para comprar á la vuelta algo de cenar.

—Pobre de tí, hija mía, que en todo el días has probado una gota de agua.

—Qué hemos de hacer. A la señora que nos dió á hacer la otra camisa, le pareció mucho doce reales con “costura sobrecostura,” y la “aletilla” llena de “alforzas,” y llevó su crueldad á no pagar ni el real del hilo.

—¡Ay Angelina! más caridad se encuentra en las personas pobres que en las ricas; y si no, ya ves á doña Pepita cómo nos ha prestado lo que ha podido.

—Seguramente, tía, porque los pobres, como conocen la necesidad, procuran remediarla, mientras los ricos creen que no hay pobreza y no se apiadan del miserable.

—El resultado es, que en todo el día no hemos probado bocado; que ya no tenemos qué empeñar ni qué vender; que tú cada día te estenuas más.... y que no sé qué hacer para remediar esta situación.

Y la tía de Angelina comenzó á llorar.

—A nadie abandona Dios, tía mía.

—Yo no me aflijo por mí, que al fin soy vieja y podré meterme de ama de llaves, y no corro riesgo; pero tú, con diecinueve años, y en un México tan prostituido..... yo no sé qué hacer. Si al menos hubieras admitido la oferta de Isabelita.

Angelina suspiró al oír este nombre, y guardó silencio.

—Tú no debes, continuó la tía, tener esperanzas de entrar al convento, porque ya ves cuántos pasos se han dado para conseguirlo, y todos han sido inútiles.

—Yo no pierdo la esperanza, tía mía, porque en Santa Catarina se resuelve la madre..... á recibirme por seis pesos cada mes.

—¿Pero dónde están los seis pesos?

—¿Será posible que no haya en México una persona que me dé esa corta cantidad, y para un objeto tan bueno?

—Calla, hija: si hubiera esa persona caritativa no hubiéramos dado tantos pasos ociosos. Si ves que ni lo de justicia pagan. ¿Qué sucedió con la señora de la camisa? Parece que la estoy oyendo: Buenas no

ches: ¿Ya acabó vd. la camisa? Sí señora; y después de registrarla tanto, ¿cuánto debo? Serán doce reales. ¿Doce reales? ¡qué exceso! Pero señora, lleva "costura sobrecostura," y una "aletilla" muy cargada de obra. Pues yo no pago doce reales por una cosa tan mal hecha. ¿Qué había que responderle sino, úsela vd. á nuestro nombre? y eso que sobre la mesa redonda había una porción de pesos. Pero en la otra vida lo ha de ver, porque el trabajo de los pobres es sagrado. Pero. . . . ¿qué tienes, Angelina?

—Nada, querida tía, no es nada.

—Estás descolorida: ya se ve. . . . sin comer en todo el día. . . . ¡Dios mío! ¿qué haremos?

—Violentar la costura, tía, para entregarla esta noche. Y Angelina enjugó una lágrima, humedeció con la lengua sus labios blanquecinos, y contiúo su trabajo.

La anciana reclinó su barba en la palma de la mano, y después de un momento de silencio, dijo:

—El jueves estamos á ocho, y la renta del cuarto se cumple; si la Purísima no hace un milagro, ¿con qué pagaremos? Pero ya se ve, tus personas caritativas pagarán.

—No desconfíes, tía mia, de la protección de Dios.

—El caso es que ni el aguador quiere echar agua; que ya no tenemos qué empe-

ñar, y que nos veremos obligadas á pedir limosna en las calles y al último moriremos de hambre. ¡Quién había de creer que esta suerte nos estaba reservada, cuando en otros días te presentabas tan decente en las concurrencias! ¿Te acuerdas la noche del baile en casa de Isabelita? Yo misma te estuve peinando y te arreglé aquel vestido de seda, que fué lo último que se vendió. . . . y en cinco pesos. . . . fué dado.

A este recuerdo suspiró Angelina, y pareció que una nube oscureció su frente. Ambas prosiguieron su labor.

Una hora después salían las dos á entregar la costura que habían concluído.

. . . . .

Esta era la situación en que se hallaban Angelina y su tía; y aquí se nos presenta otro motivo para compadecer á la mujer. En efecto; ¡cuán escasos son los recursos con que se proporciona la subsistencia! La costura, esto es lo más á que se dedica: ¿y qué es lo que le produce? la que cose con ligereza, apenas podrá acabar una camisa ó un túnico en tres ó cuatro días para recibir tres ó cuatro pesos, cuando mucho; y mientras está ocupada en coser estas piezas, tiene que ayunar, porque no recibe sino cuando entrega la obra. Sucede también, y con frecuencia, que hay personas que abusan de la indigencia, pagando

la mitad de lo que vale una costura, y á esto añaden un tratamiento malo á la infeliz mujer que se mantiene con el trabajo de sus manos: supongamos que estos males resulten, como algunos dicen, de "la mala educación que se le da á la mujer;" lo cierto es que la mujer pobre, obligada á coser para mantenerse, apenas adquiere una recompensa muy módica de su trabajo, y lo que sí logra es una enfermedad de pulmón, que á muchas las ha conducido al sepulcro. Y si una joven pobre y miserable demanda la protección de un magnate, éste le concederá su apoyo si sucumbe á una infame seducción, y entonces es peor la condición de la joven, porque si consiente "su protector" la arrojará primero sobre su cuerpo un manto de oro, y... después el lodo y el baldón. Y si desecha la "protección" que se le ofrece sufre miles de humillaciones y de insultos. No hacemos la regla tan general, que no creamos que hay ricos caritativos, los hay, es cierto, pero también hay hombres que con el velo de la compasión cubren un proyecto criminal. Nada más común que oír á uno de éstos decir: "esta pobre señora me parte el alma, yo quisiera protegerla de algún modo."

¡Cuántos gastos inútiles se hacen en casa de un rico que habrían dado la felicidad á muchas familias pobres! ¡Y cuánto han trabajado los hombres por hacer producti-

vas sus especulaciones mercantiles, descuidando esta máxima de humanidad: "Mejorar la condición social de la mujer."

## VIII

## NUEVO INFORTUNIO

Para no hacer más difusa esta narración, sólo tocaremos los incidentes más notables de ella.

Angelina y su tía sufrían todo el peso de la miseria más espantosa, como hemos dicho. Angelina conservaba esperanzas de entrar á un convento, y no le arredaban los continuos desaires y desengaños que había recibido "de las personas caritativas," en quienes confiaba para el logro de su empresa. En medio de su pobreza y sus trabajos conservaba en el corazón la imagen de Ricardo, y por más que trataba de desechar esta idea, la llama del amor ardía con más fuerza. Era una pasión violenta que la consumía á proporción que Ricardo amaba más á Isabel. Angelina no tenía amigas, porque aun á aquella había ocultado su misión; no se relacionó tampoco con sus vecinas, porque las decentes, que ocupaban las viviendas altas, se desdeñaban de hablarle, y las que vivían en los cuartos no podían ser sus amigas. Así es que se hallaba sola en el mundo, aislada, sin tener con quien

quejarse, si no era su tía que podía darle muchos consuelos. Unos días de la semana tomaban una frugal comida, y otros, y eran los más, su alimento eran las penas y las lágrimas su bebida, como hubiera dicho un poeta. Así pasaron los días.

Una tarde se hallaban Angelina y su tía sentadas junto á la puerta de su cuarto, haciendo su labor de costumbre, cuando la vecina Doña Pepita, que las había favorecido, llegó á platicarles.

—Conque, niña, dijo la vecina, supongo que me dareis las albricias esta tarde.

—¿Por qué, señora?

—¡Toma! porque esta tarde ha de venir el señor dueño de los túnicos que habeis cosido.

—¿Qué tenemos con eso?

—Que sin duda los va á pagar muy bien; porque como se va á casar, y es rico, usará de generosidad.

—¿Se va á casar? ¿Y con quién?

—No lo sé, porque ni á él conozco; á mi comadre Tulitas fué á quien encargó que diera á coser las donas, dándole un túnico de muestra. Ello es que el señor novio es muy garboso; ya veis, doce túnicos de seda y balsorinas no le han de haber costado poco; y lleva su garbo hasta haberle dicho á mi comadre que él vendría en un coche por los vestidos para pagar con su mano á las que los habían cosido. Bueno está el

novio, después se lo preguntaremos.... porque al fin y al cabo.... el que se casa escarmienta.

—¿Tan mal le fué á vd. en la feria? preguntó la tía.

—Al menos no tengo de qué quejarme; unos palos por la mañana al levantarme y otros al acostarme, casi sin comer, mal vestida, y con cinco chillones á mi lado, ya veis qué buena vida me dió el demonio de mi marido, que en paz descansa; y si he de decir verdad, entonces era cuando lo quería más, porque las mujeres somos incomprendibles. En fin, ya se murió, y ahora... Que hablantina soy, y esto es que he dejado la plancha en la lumbre: adiós, vecinas, cuando el novio venga.... Allí está un señor, si será el novio.... él es, cabal.... está hablando con mi comadre. Angelina por un impulso de curiosidad, iba á sacar la cabeza para ver al interesante novio, pero se contuvo, y le dijo á su vecina, habladora incesante:

—Hacedme favor de llevar estos vestidos á vuestra comadre.

—¿Cómo? ¿pues que no esperais vuestra propina?

—No, hacedme este favor.

—Si ya viene el novio con mi comadre para acá.

—Yo me voy á meter, dijo Angelina.

A poco rato entró la dicha comadre con un joven.

Angelina lo vió y dió un grito de sorpresa, porque había conocido á Ricardo. Este también conoció á Angelina.

—¡Angelina! ¿Vos aquí, en este cuarto? y ¿estáis enferma? vuestro semblante lo indica. ¿Qué ha sucedido con vos?

—La suerte, señor, dijo tartamudeando Angelina.

—Angelina, cuánto me afligís; pero escuchadme, con vuestra amiga Isabel nada os faltará: ¿sabeis que dentro de tres días me caso con Isabel?

Angelina perdió el color, las fuerzas la abandonaron, y cayó sobre su cama privada de sentido.

Su tía, Ricardo, y todas las vecinas procuraron volverla de su desmayo.

.....  
Al otro día corría por las calles una joven seguida del populacho. Los muchachos gritaban: ¡loca! ¡loca! Era Angelina.

## IX

### LOS SACRAMENTOS.

Un año había pasado del casamiento de Isabel, y su padre, Don Antonio Pérez, que se hallaba solo, recogió á Angelina con el objeto de que los mejores facultativos le restituyeran el juicio. Se emplearon todos los medios conducentes á este fin, sin que

produjeran el éxito que se deseaba. La desgraciada joven permanecía loca sin intervalos de razón. A veces su locura era mansa, y otras se exaltaba en tanto grado, que era preciso encerrarla en un cuarto á propósito, y desde allí se la oía gritar: "Pérfidos, me engañaron, ya me la pagarán."

Por este tiempo cayó en cama de una violenta enfermedad Don Antonio Pérez, fue preciso disponer sus sacramentos y entre tanto encerraron á Angelina en su prisión. El acto religioso y solemne de recibir el Sagrado Viático se dispuso con gran pompa. Multitud de personas salieron hasta la calle con cirios en mano, para esperar al Señor Sacramentado. El sacerdote que lo llevaba entró á la recámara, donde había un suntuoso altar, hizo las exhortaciones rituales de estos casos, y cuando D. Antonio recibía la sagrada forma, un golpe de música militar sonó en el patio. La loca, al oírlo, se levantó, tendió las manos adelante, brillaban sus ojos, su cuerpo se estremecía convulsivamente, corría en todas direcciones, y al último prorrumpió en un copioso llanto.

—¿Dónde estoy? decía, ¿qué es lo que me sucede? Madre mía idolatrada, ¿vienes por tu hija para llevarme á la gloria? ¡Dios mío! exclamó arrodillándose, ¿por qué me tienen aquí?..... ¡Ah!..... cómo arden mis ojos.... cómo me duele



la cabeza..... ¡Pero mi madre..... mi tía!.... ¿dónde están?..... ¿por qué estoy encerrada? ¡Oh!.... la música.... la música me habla al corazón..... ya recuerdo..... es la Fausta que están tocando en el clave.... Madre mía yo quiero salir de aquí, quiero irme á mi casa..... yo sueño. ¡Ah, Dios mío! yo os amo con todo mi corazón..... bastante he padecido..... llevadme á vuestra gloria..... Yo me uniré contigo, madre querida. ¡Ah! la cabeza se me abre..... y el alma se me despedaza..... quiero morirme.....

Y la desgraciada joven sacudía con todas sus fuerzas las puertas, que apenas se movían sobre sus goznes.

Cuando vinieron á abrirlas, cayó privada en los brazos de Isabel; un sudor frío corría por todo su cuerpo, apoderado de un temblor convulsivo. Se le aplicaron algunos remedios para hacerla volver de su desmayo, y se mandó llamar á un médico.

—No hay cuidado, dijo éste, parece que aún recobrará el uso de su razón.

—¿Será posible? dijo Isabel con un acento indefinible de alegría; ¿será posible, señor? Mi vida os daría si sanárais á mi amiga.

—No hay que fundar muchas esperanzas, pero tampoco desconfiar, dijo el doctor; esta puede ser una crisis favorable á consecuencia de la grande impresión que

ha obrado en su ánimo la música. Veremos si Dios quiere que salga de su letargo.

A poco rato Angelina abrió los ojos, los puso en Isabel, pero sus miradas no tenían aquella fijeza espantosa de antes.

—¿Eres tú, Isabel? preguntó con voz débil; ¿dónde está tu esposo Ricardo y tu padre?

—Se ha salvado, exclamó el médico, dejadme obrar.

.....  
A los tres días Angelina estaba reclinada en un almohadón del sofá de la sala.

Aún había palidez en su rostro, pero en su semblante brillaba la luz de la inteligencia. De cuando en cuando fijaba la vista en algún objeto, y parecía que recordaba alguna cosa. Ricardo entró á la sala, y con expresión de afabilidad le preguntó:

—¿Cómo os hallais, Angelina?

—Algo restablecida del dolor de cabeza.

—Mucho me alegro.

—¿Y el señor Don Antonio, cómo se siente?

—Fuera de peligro; ayer hizo crisis la fiebre, y el médico asegura que se levantará de la cama. Creo por lo mismo que vamos á tener un día de placer con el restablecimiento de vosotros.

—En cuanto á mí..... dijo Angelina, entiendo que me restableceré pronto al lado de mi madre.

—¿Aún teneis esas ideas, Angelina?

—Siento que la muerte anda cerca de mi cabeza.

—¡Disparate! ¿Qué te parece Isabel, de esta niña? dijo Ricardo á su esposa que entraba en aquel momento.

—¿Pues qué dice Angelina?

—Que pronto se va á morir.

—¡Jesús, niña! siempre has de tener esas ideas tristes: ven, recárgate sobre mí.

Isabel tomó asiento en el sofá, y Angelina se recargó sobre su hombro.

—Te digo que no pienses en eso.

—Isabel, amiga mía, dijo Angelina, pronto voy á morir.

—Ricardo, ¿me haceis favor de tocar alguna cosa en el clave?

—Pero.... tal vez.....

—Será el último favor que os pida.

—Está bien: ¿Qué quereis que os toque?

—La obertura de Fausta, si gustais.

—No, no eso, dijo Isabel con inquietud.

—¿Por qué? preguntó Ricardo.

—Porque.... es muy larga.

—Eso no importa, dijo Ricardo.

Y tomando asiento frente al piano, comenzó á tocar la Fausta.

Angelina escuchaba aquella pieza que tantos recuerdos le traía á la memoria. Sus mejillas se fueron cubriendo de color, su

cuerpo empezó á temblar, y un sudor frío corría por su rostro.

—Ricardo, Ricardo, gritó Isabel... ven pronto, ven, que Angelina se muere.

Ricardo acudió, pero era tarde; Angelina acababa de expirar en los brazos de su amiga.

Junio 4 de 1846.

